



América Latina: Una Agenda de Libertad

ÁREA: 4
TIPO: Teoría

Latin America: an Agenda for Freedom
América Latina: uma Agenda de Liberdade

AUTOR

**José María
Aznari**

Presidente de la
Fundación FAES.
Presidente
Honorario,
Georgetown
University Latin
American Board.
aagero@
fundacionfaes.org

1. Autor de contacto:
Fundación FAES; C/
Juan Bravo, 3C - 7ª
planta; 28006 - Madrid
(España).

América Latina es una comunidad moral y cultural, que es parte sustancial de Occidente; aunque hay quien quiere negarle a la región estos valores característicos.

La participación efectiva de América Latina en el mundo occidental depende principalmente de la voluntad de los propios latinoamericanos. Los valores occidentales son un camino seguro hacia la democracia, la prosperidad y el progreso real. Para ello necesita democracias estables que se apoyen en pilares sólidos.

No hay motivo para que los países que conforman América Latina no puedan estar entre las naciones más prósperas del mundo. Se enfrentan a retos evidentes e innegable oportunidades. España, Estados Unidos y las demás democracias occidentales deben realizar una apuesta decidida por la libertad en la región.

América Latina: una Agenda de Libertad nace del compromiso de la fundación con América Latina.

Latin America is a moral and cultural community, which forms a major part of the Western world; although some people try to deny the region of these characteristic values.

The effective involvement of Latin America in the western world primarily depends on the desires of the Latin American people themselves. Western values mark a safe route to democracy, prosperity and real progress. This requires stable democracies, with solid foundations.

There is no reason why the countries which make up Latin America cannot be among the most prosperous in the world. They face clear challenges and undeniable opportunities. Spain, the United States and other western democracies must show their decided support for freedom in this region.

Latin America: an Agenda for Freedom, borne of the Foundation's commitment to Latin America.

A América Latina é uma comunidade moral e cultural, que faz parte substancial do Ocidente; embora haja quem queira recusar à região estes valores característicos.

A participação efectiva da América Latina no mundo ocidental depende principalmente da vontade dos próprios latino-americanos. Os valores ocidentais são um caminho seguro para a democracia, prosperidade e para o progresso real. Para isso, precisa de democracias estáveis apoiadas em pilares sólidos.

Não há razão para que os países que constituem a América Latina não possam estar entre as nações mais prósperas do mundo. Os desafios que enfrentam são evidentes e as oportunidades são inegáveis. A Espanha, os Estados Unidos e as restantes democracias ocidentais devem fazer uma aposta decidida pela liberdade na região.

América Latina: uma Agenda de Liberdade nasce do compromisso da fundação com a América Latina.

1. Introducción

El último informe estratégico de la Fundación Faes se titula América Latina: una Agenda de Libertad y nace del compromiso de la Fundación con América Latina. Siempre he tenido la convicción de que las ideas son importantes y tienen consecuencias. No hay nada más que atender a la Historia para corroborar este hecho. Este documento ofrece algunas ideas para afrontar los principales problemas que amenazan a la región y que

DOI
10.3232/
GCG.2007.
V1.N1.06

obstaculizan su crecimiento. En definitiva, este breve informe realiza un diagnóstico, a partir de la realidad política, económica y social de la región para luego establecer una agenda de propuestas diseñadas para la prosperidad de la región.

En dos documentos anteriores, OTAN, una Alianza por la Libertad y Por un Área Atlántica de Prosperidad, FAES presentó propuestas e ideas en los terrenos de la seguridad y de la economía. Abordamos dos puntos de vista sobre una misma realidad: Occidente. Este último trabajo que hemos llevado a cabo también se centra en Occidente y, particularmente, en una zona muy concreta del mundo occidental: América Latina.

América Latina necesita democracias estables que se apoyen en pilares sólidos. Las naciones libres y prósperas basan su progreso en consensos básicos que se mantienen vivos a lo largo del tiempo. Acuerdos sobre las reglas del juego democrático, sobre la viabilidad de la alternancia en el poder o sobre las grandes líneas maestras en lo político y en lo económico. Eso es precisamente lo que proponemos en esta Agenda de Libertad para América Latina.

La participación efectiva de América Latina en el mundo Occidental depende primordialmente de la voluntad de los propios latinoamericanos. Pero también es importante que los principales socios y aliados de la región contribuyan a que América se incorpore a la vanguardia de las naciones.

España, desde su ingreso en la Comunidad Económica Europea, ha sido un interlocutor esencial entre América Latina y Europa. Gracias a su doble condición europea y americana, España debe proporcionar apoyo institucional para recrear un modelo probado y exitoso de integración regional.

España, los Estados Unidos y las demás

democracias occidentales deben ayudar a América Latina en este empeño a favor de la libertad; a favor de una política que fomente y garantice los derechos del individuo, la libertad política, la libertad económica, el Estado de Derecho, la educación, la igualdad ante la ley, en definitiva, derechos humanos universales.

No hay motivo para que los países que conforman América Latina no puedan estar entre las naciones prósperas del mundo. América Latina dispone de una gran cantidad de recursos humanos, emprendedores con talento y materias primas como para poder prosperar y disfrutar de la calidad de vida que impera en los países más desarrollados del mundo.

2. América Latina y Occidente

“Se puede engañar a todo el mundo por un tiempo y a algunos siempre, pero no a todos siempre”.
Abraham Lincoln

América Latina es parte sustancial de Occidente. La historia de Occidente no puede ser narrada sin América Latina. El Derecho de gentes, por ejemplo, tiene sus orígenes en las reflexiones que en Francisco de Victoria suscitó la situación de los indios en América.

Occidente es un concepto universal que es resultado de las distintas aportaciones intelectuales, políticas y filosóficas de nuestra Historia. La idea de libertad individual, dignidad, responsabilidad, igualdad ante la ley, Estado de derecho, pluralismo político, son la representación del devenir histórico de la humanidad.

Con la Declaración de la Independencia de los EE.UU. se acepta como *modus vivendi* y como verdad evidente que todos los hombres “son dotados por su Creador de

PALABRAS CLAVE

América Latina, Democracia, Occidente, Libertad, Populismo

KEY WORDS

Latin America, Democracy, West, Freedom, Populism

PALAVRAS-CHAVE

América Latina, Democracia, Occidente, Liberdade, Populismo

CÓDIGOS JEL

O540, N460, F500

ciertos derechos inalienables; que entre éstos están la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad”. Octavio Paz, entre otros, supo ver que sin democracia la libertad es una quimera.

Aunque Occidente tenga su génesis y su evolución en un espacio geográfico determinado, los elementos sustanciales de lo que denominamos Occidente tienen vigencia universal y no debemos –ni podemos– apropiarnoslos como patrimonio exclusivo. Por eso, América Latina: una agenda de Libertad parte de la asunción de esta necesidad de reivindicar la condición occidental de toda América Latina y el desafío que ello supone.

Los vestigios de los valores occidentales en América Latina deben ser recuperados. El problema al que hoy nos enfrentamos es que hay quienes quieren marginar estos valores.

Se trata de movimientos cuyo afán no es otro que el de perpetuarse en el poder. Inventan enemigos para ganarse el apoyo de sus gentes, desviando la atención de las adversas condiciones de vida de sus ciudadanos, a los que tratan como súbditos. Por eso cultivan con tanto entusiasmo el antiamericanismo, el antioccidentalismo así como la mercadofobia, la antiglobalización y el antiliberalismo.

El miedo a la libertad que exhiben, el entusiasmo con el que abrazan ideas de ingeniería social y la arrogancia con la que se creen dueños del destino de las naciones que gobiernan tienen un origen muy claro: saben que los valores occidentales son un camino seguro hacia la democracia, hacia la prosperidad, hacia el progreso real.

Los valores occidentales son los pilares en

1. SHARANSKY, Natan: *Alegato por la democracia*, Madrid, Gota a Gota, 2006.

los que se asientan las democracias sólidas, con instituciones competentes, con división de poderes, con constituciones que garantizan y defienden los derechos de los ciudadanos y su libertad.

3. Libertad y Progreso

“La forma que en política ha representado la más alta voluntad de convivencia es la democracia liberal”.

José Ortega y Gasset

Las sociedades más prósperas son las sociedades libres, las sociedades abiertas. Éstas, guiadas por el valor de la libertad encuentran el camino al progreso y a la prosperidad. Porque la libertad conduce ineludiblemente al progreso de las naciones.

Una institución del prestigio de Freedom House ha elaborado índices de libertad de distintos países del mundo. Sus estudios muestran que aquellos países que menos libertad tienen son los más sufren el impacto de la pobreza. Claros ejemplos de ello en América Latina son Venezuela, Bolivia, Ecuador y Cuba. Países que en la actualidad tienen algo en común: sus dirigentes se muestran como profetas del socialismo del siglo XXI, heredero de aquél que en el siglo XX, causó miseria y opresión.

América Latina: una agenda de Libertad apuesta por reformas liberales dentro de un marco institucional fuerte, porque así se consiguen más inversiones, lo que conduce a una demanda laboral mayor y ayudan al establecimiento paulatino de una clase media que permite el desarrollo, el crecimiento económico y el asentamiento de democracias efectivas. Además, a mayor libertad económica, menores son los riesgos de corrupción.

Hablar de libertad económica es hablar de prosperidad. Los estudios sobre indicadores de libertad económica publicados anualmente por instituciones tan solventes como la *Heritage Foundation* o el *Fraser Institute*¹ revelan dos hechos incontestables: primero, los países más prósperos del mundo son aquellos que se sitúan a la cabeza del “ranking” de los índices de libertad económica; y, segundo, los países que mayor progreso han cosechado en su bienestar son aquellos que más han avanzado en su libertad económica.

Lamentablemente, América Latina no destaca en esta clasificación salvo alguna que otra excepción y no para bien. Tenemos así a Cuba, que ocupa el lugar 156 de libertad económica (de 157 países); Venezuela con el 144 (de 157); Bolivia, con el 112 (de 157), y Ecuador, con el 108 (de 157)².

El fracaso de estos países obedece a la resurrección de políticas económicas que, como en el pasado, se ajustan a teorías marxistas y no a realidades sociales, es decir, a la aplicación de la economía planificada. Estas economías, que son fruto de un intervencionismo estatal que amenaza con derivar en regímenes dictatoriales, lo único que han generado ha sido pobreza y desigualdad.

Sin embargo, hay países latinoamericanos que han reducido la pobreza. Por ejemplo Chile es un país próspero que está en el puesto once en el índice de libertad económica. Un país que, a diferencia del resto de los países latinoamericanos, goza de una amplia clase media.

Ninguna nación está condenada al fracaso. No creo ni en el fatalismo ni en el relativismo moral. No creo en determinismos históricos porque creo en la libertad como anhelo irrenunciable de todas las personas, y creo en la libertad política y en la libertad económica como ejes vertebrales de toda democracia liberal basada en los valores de Occidente.

4. Retos y Oportunidades de América Latina

*“Los dictadores van de aquí para allá cabalgando
sobre tigres que no se atreven a desmontar,
y los tigres están hambrientos”.*

Winston Churchill

América Latina es una realidad incontestable, una comunidad de veintidós naciones soberanas y más de 500 millones de personas. También es una comunidad moral y cultural.

En las últimas décadas América Latina ha experimentado una evolución histórica, con sus luces y sus sombras, que desemboca en la encrucijada actual, donde se encuentra con riesgos evidentes pero con innegables oportunidades.

1. Los índices son medidas sintéticas de un conjunto de factores relacionados con la libertad económica, entre otros, el respeto a la propiedad privada, la presión fiscal, la seguridad jurídica, el grado de libertad de contratación de mano de obra y la calidad de instituciones que imparten justicia.

2. Datos obtenidos del índice de libertad económica que elaboran desde hace 13 Wall Street Journal y Heritage Foundation.

Porque no existen determinismos históricos, América Latina tiene la posibilidad de sentar las bases de un futuro próspero, siempre que no caiga en tentaciones totalitarias que prometen falsos atajos, pero que simulan ser rápidas, sencillas y capaces de solucionar todos los problemas de las personas. En el mejor de los casos, son pan para hoy y hambre para mañana. En el más habitual de los casos, son demagogia para hoy, y hambre para hoy y mañana.

Pese a su acreditado fracaso, América Latina está asistiendo al regreso de estas fórmulas del pasado. La denominación acuñada para este fenómeno es el de populismo revolucionario o “socialismo del siglo XXI”. Además, el populismo hoy recupera protagonismo con el aval de procesos electorales, cuando antes lo hacían por la fuerza de las armas.

Una vez logrado ese aval electoral, sus líderes se apresuran para desvirtuar cuanto antes la posibilidad de nuevas elecciones libres, vaciando de contenido a la democracia. Una verdadera democracia va más allá de elecciones populares, sino que requiere la garantía y el respeto de las libertades individuales y los derechos fundamentales de todos los ciudadanos. Esa legitimidad de origen formal hace que estos regímenes cuenten con el apoyo exterior de muchos que nunca permitirían nada parecido en sus propios países. Por el mismo motivo, son regímenes que sirven de coartada a aquellos movimientos sociales y gobiernos que estigmatizan al “liberalismo” como causa de todos los problemas que afronta la región.

Es cierto que estos líderes del socialismo populista del siglo XXI están llegando al poder por las urnas. Ahora bien, inmediateamente, su objetivo es perpetuarse en el poder. Para ello, deslegitiman al adversario y expulsan del sistema político a todos los partidos que no son el suyo. Pero los par-

tidos políticos, así como la posibilidad real de alternancia en el poder, son factores imprescindibles para el buen funcionamiento de una democracia estable.

No hay un solo país en el que la desaparición de los partidos políticos haya significado un avance de la libertad o del progreso. Al contrario, la democracia y el ejercicio de la política en libertad necesita de partidos políticos sólidos y eficaces que basen su oferta a los ciudadanos en ideas y en principios.

Estamos asistiendo a un proceso que no finaliza con la proscripción de los partidos políticos. Los medios de comunicación, las empresas privadas y la libertad de educación son también objetivos a batir en el camino que el populismo tiene que recorrer hasta subvertir la democracia.

El uso del poder debe estar limitado y regulado por mecanismos eficaces. A la separación de poderes le debe acompañar un equilibrio de los mismos. Deben existir instituciones eficaces y respetadas que gestionen los bienes públicos. Los adversarios políticos tienen que poder expresar libremente sus opiniones. Sólo con un régimen democrático que reúna estas características se puede contener la tentación de quienes pretenden abusar del poder político.

Este populismo de nuevo cuño juega con el sufrimiento y la angustia de los más desfavorecidos para conseguir sus objetivos: la desarticulación de las instituciones, el desmantelamiento del Estado de Derecho y la expulsión del sistema democrático de todo aquél que no comulgue con su ideología sectaria.

El populismo se presenta a sí mismo como la única posibilidad de alcanzar un futuro mejor, simulando salidas aparentemente eficaces, pero que buscan romper con

la legalidad, a la que consideran un freno para la consecución de sus objetivos. Propugna salidas tan falsas como aparentemente fáciles. Sus caudillos presumen de no equivocarse nunca, y acusan a los disidentes de enturbiar la convivencia con proyectos que tildan de “reaccionarios y neoliberales”. Para estos dirigentes del nuevo socialismo no existe la posibilidad de recibir críticas.

El reconocimiento de los derechos individuales y la generación de un gobierno “recto”, amparado en una Administración que no pueda regular la esfera privada de los individuos, son manifestaciones de la limitación del poder. La libertad de prensa y un poder judicial independiente son también necesarios para poder garantizar el respeto de la dignidad individual.

La democracia se fundamenta en que el límite infranqueable del poder constituido lo forman la ley y las libertades y los derechos de los ciudadanos. Y la mejor garantía para que ese límite sea de verdad infranqueable consiste en tener instituciones sólidas.

La fragilidad y debilidad de las instituciones democráticas son retos a los que se enfrenta América Latina. La dificultad para generar políticas de Estado y la ausencia de consensos debilitan el proceso de fortalecimiento institucional. Ese déficit institucional genera Estados poco eficaces. Ante esta situación hay personas que confían en la aparición de líderes fuertes, carismáticos y providencialistas. Así aparece la figura del populista “benévolo”, que a la larga encamina al Estado a una política de tinieblas institucionales, a la ley del más fuerte y a la vulneración, soterrada o pública, de los Derechos Humanos.

El populismo es una amenaza a la que se enfrenta América Latina, pero no es un resultado inevitable de su desarrollo sino que responde al afán de algunos oportunistas

que han transformado la desgracia de los demás en su propio beneficio.

El indigenismo es una de las caras que ha adoptado el socialismo del siglo XXI. El indigenismo esconde un racismo. Como sólo se ocupa de defender supuestos derechos colectivos, despoja al individuo de su dignidad inalienable.

El indigenismo empieza a ser para América Latina lo que el nacionalismo es a Europa. Resulta tan esclarecedor como preocupante contemplar sus analogías. Ambos cuestionan los Estados nacionales modernos que superaron el Antiguo Régimen con el constitucionalismo liberal del Siglo XIX. El indigenismo sustituye el concepto de ciudadano de una república por el de miembro de una comunidad étnica, al igual que el nacionalismo europeo busca fórmulas identitarias excluyentes. Los dos subordinan principios e instituciones liberales como la división de poderes, el mérito y capacidad, la igualdad ante la ley y el respeto por los derechos individuales, al logro de sus objetivos muy cercanos al totalitarismo.

Indigenismo y nacionalismo propugnan la confusión de poderes. La ocupación de los mismos es una característica común, como lo es la intromisión en la esfera privada de personas y familias en aspectos tan sensibles como la educación o la instrumentación de la religión al servicio de sus causas.

Tanto los indigenistas americanos como los nacionalistas excluyentes europeos promueven el falseamiento de la historia; en el terreno económico utilizan la reivindicación de supuestos derechos históricos, como un instrumento de dirigismo y proteccionismo económico.

Otro de los retos que afronta América Latina es la falta de integración regional. En

el origen de este desafío está el escaso desarrollo de las distintas economías latinoamericanas y las dificultades para institucionalizar una integración comercial real, en ocasiones por problemas de índole geográfica.

Pero las oportunidades de la región son innegables. Pese a las dificultades por las que atraviesan MERCOSUR, la Comunidad Andina de Naciones o el Mercado Común Centroamericano, la posibilidad de facilitar el intercambio comercial en la región supone el inicio de un círculo virtuoso que facilite el fortalecimiento de las instituciones y el afianzamiento de las clases medias.

Frente a los delirios que la Alternativa Bolivariana pretende imponer, el ALCA (Área de Libre Comercio de las Américas) y los tratados de libre comercio que Estados Unidos propone a los países de la región suponen un incentivo por el acceso que representan al mercado más grande del mundo, que debe estimular la iniciativa de los emprendedores.

En la libertad económica está la solución al acuciante problema de la pobreza. Los Estados no pueden permanecer impasibles ante esta situación. No hay ningún motivo que justifique la depauperación de los individuos.

Una economía fuertemente intervenida supone un incentivo cierto para la corrupción y termina conduciendo a la arbitrariedad y al debilitamiento de las instituciones. A mayor abundamiento, la arbitrariedad y la debilidad institucional merman las posibilidades de un crecimiento sostenido. Puede haber un crecimiento económico puntual muy elevado, pero es más que difícil mantener a medio y largo plazo una economía dinámica cuando las instituciones no gozan del respeto de la sociedad o no operan con la solvencia debida.

Merece una atención especial la relevancia que para muchas economías de América Latina revisten las materias primas. El desarrollo de la región no puede basarse en ser sólo una gran área de provisión de materias primas. La dependencia de estos recursos puede suponer una tentación para algunos Estados, que buscan sostener sus políticas intervencionistas con una financiación que consideran ilimitada.

Las políticas sociales clientelares sostenidas con un elevado gasto público impiden el surgimiento de la iniciativa privada, obstaculizan a los emprendedores y generan inevitablemente una debilidad endémica en la sociedad civil. Además, las economías intervenidas se han demostrado incapaces de competir en el mundo globalizado.

El resultado es que esa riqueza basada sólo en la explotación por el Estado de las materias primas impide el asentamiento de la sociedad civil, favorece la corrupción de las instituciones, invita a la fragmentación del país, y puede convertirse en la génesis de una era de miseria económica, política y moral de los países que apuestan por ese modelo de intervencionismo económico.

No se puede permitir que el potencial de América Latina quede desaprovechado y orillado en aras de un estatismo que sólo busca satisfacer los privilegios egoístas de unos pocos. Cuando los políticos y las sociedades no tienen en mente el futuro de su país están sembrando las semillas de la incertidumbre. No se vive libremente si los gobiernos no apuestan por reformas para salir de la pobreza que favorezcan las economías abiertas y competitivas, el respeto a la propiedad privada y a los proyectos individuales de los ciudadanos. A ello pueden ayudar los precios altos de las materias primas, el fuerte crecimiento económico mundial y los costos significativamente bajos de la financiación. Sin embargo, esto sólo favorece a las naciones que fomenten

la competencia en un marco legal estable, y no a aquellas naciones que cuenten con un irresponsable pensamiento cortoplacista por parte de quienes toman decisiones.

Una región para mí tan querida como ésta, donde existe una diversidad cultural y social tan elevada, se ve azotada por una violencia que adopta muchas formas y disfraces: terrorismo, delincuencia organizada, narcotráfico, violencia callejera, caciquismo feudal, indigenismo racista, movilizaciones revolucionarias... No hay que olvidar que las distintas máscaras que revisten este fenómeno sólo ponen de manifiesto dos realidades: el dominio del más fuerte sobre el débil y la incapacidad de algunos Estados para proteger a sus ciudadanos.

Muchos de los que denigran la palabra “liberalismo” son los mismos que consideran que el fenómeno de la violencia es un mal endémico de la región. Pero los liberales no nos sentimos avergonzados de serlo, porque la libertad no transige con la violencia, no cree que ésta sea la consecuencia inevitable del desarrollo. Como dice mi buen amigo Mario Vargas Llosa sobre el liberalismo: “No hay palabra que represente mejor la idea de civilización y que esté más reñida con todas las manifestaciones de la barbarie que han llenado de sangre, injusticia, censura, crímenes y explotación la historia humana”¹.

Es una paradoja que aquéllos que presumen de preocuparse por los problemas de los débiles sean los que prefieren no actuar. La violencia puede y debe ser vencida. No cabe la resignación ante aquél que hace del crimen su medio de vida, y de la negación de la libertad, su prestigio propio. El que impone su enfermiza voluntad de dominio sobre alguien indefenso impide la existencia en libertad. Es en las villas mi-

seria, favelas, chabolas, barriadas, y en los pueblos más humildes, donde la violencia crea santuarios de impunidad para el delito. No existe respeto alguno al prestigio de la ley si se toleran estas situaciones. La seguridad debe estar garantizada por el Estado, siempre con el respeto inalienable de las libertades individuales.

Muchos estadistas de América Latina están logrando una reducción de los niveles de violencia en sus países. Colombia y México son algunos de los ejemplos que nos demuestran que nadie debe conformarse con una vida de peligros e incertidumbre. Nadie debe creer que la violencia, delictiva y brutal, puede ser redirigida por el Estado, ni por ningún líder populista. Las instituciones no pueden señalar a los violentos cuál debe ser su próximo objetivo, porque el siguiente paso en ese sendero tortuoso es una lista con los nombres de los disidentes y disconformes con el gobierno, lo que permite laminar y orillar cualquier oposición al advenimiento de la tiranía.

La sensación de haber vivido tiempos mejores, de haber malgastado muchas oportunidades y el saber que el camino que se avecina está lleno de incertidumbres es lo que facilita la manipulación de la Historia. La búsqueda de enemigos que puedan justificar la actual situación plagada de dificultades y que eximan a muchos políticos de su responsabilidad son los elementos que alientan en la sociedad la sensación de un pasado más próspero y feliz, de arcadas utópicas y difíciles de alcanzar. En vez del orgullo bien entendido por el camino que otros recorrieron y que desemboca en el presente, se prefiere la melancolía y la nostalgia. Pero sabemos que no existe ningún determinismo histórico. El esfuerzo de toda la sociedad, la responsabilidad de los políticos y el ejemplo de países que -como España desde nuestra Transición y hasta 2004- lograron superar la adversidad y conseguir un puesto en el concierto de las

1. Prólogo de Mario Vargas Llosa en REVEL, Jean-François: *Memorias, el ladrón en la casa vacía*, Madrid, Gota a Gota, 2007.

naciones más importantes, deben invitar a América Latina a construir un futuro donde la democracia y la convivencia sean los cimientos de la estabilidad y el desarrollo.

5. El papel de España, Estados Unidos y La Unión Europea

“El Estado que cree aumentar su poder, con la ruina de aquel que tiene al lado se debilita con él”.

Montesquieu

Más arriba mencioné que la participación efectiva de América Latina en el mundo occidental depende primordialmente de la voluntad de los propios latinoamericanos. No obstante es importante que las democracias liberales de Occidente contribuyan a que América Latina se incorpore de forma plena al grupo de democracias avanzadas.

Es preciso en primer lugar integrar a la región en el conjunto de los países más avanzados. No cabe ninguna duda de la importancia que América Latina tendrá en el desarrollo de otros países. Con su prosperidad conseguirá atraer y generar riqueza que desembocará en un círculo virtuoso. Es necesario reconocer el papel de los Estados Unidos en su apuesta clara por el libre comercio entre todo el continente. Los Estados Unidos deben asumir un compromiso efectivo con la democracia y la institucionalidad de sus vecinos del sur, con el Estado de Derecho y con la estabilidad de la región.

Europa también está llamada a desempeñar un papel relevante. La integración europea ha sido un tremendo éxito y algunos políticos de América Latina han mostrado su interés por profundizar en los tratados de libre comercio. España y Portugal están

especialmente comprometidos a participar en esa realidad cultural e histórica que es la Comunidad Iberoamericana. No pueden limitarse a ser espectadores imparciales ni pueden permanecer indiferentes al futuro de América Latina. Nos unen con América profundos vínculos históricos, culturales y afectivos, y una densa red de intereses sociales, económicos y humanos que han ido a más en los últimos años en ambas direcciones.

La experiencia española puede ser muy positiva para América Latina. La Transición supuso un gran consenso de todos los españoles. Los partidos políticos supieron ceder y renunciar en todo aquello que dificultase la convivencia común y pudiese empañar la vida en democracia. España dio inicio a la época de mayor prosperidad, desarrollo y bienestar de su historia. La democracia permitió la transmisión de ideas y el desarrollo de las potencialidades. Por eso es peligroso que la irresponsabilidad de unos pocos y los intereses partidistas y electorales pongan en peligro esa convivencia que tan buenos frutos ha dado para este país.

América Latina también debe recordar que los grandes pactos de Estado y la política de consensos suponen la base para la estabilidad institucional y el desarrollo de los países. La democracia liberal y la sociedad civil, como motores de una convivencia pacífica y respetuosa con los derechos individuales, así como la dignidad personal fueron pilares en los que se asentó la Transición española. Ese éxito de la Transición es uno de los legados más importantes que, como ejemplo, puede aprovechar América Latina. También es un legado que no debe olvidarse en España, ni debería ponerse en riesgo porque sería una gran irresponsabilidad para el futuro de todos los españoles.